

pilar guembe - carlos goñi

Educar sin castigar

qué hacer cuando mi hijo se porta mal



Desclée De Brouwer

Índice

Presentación: La letra con cariño entra.....	13
1. Estilos educativos.....	17
Tipos de padres	17
Padres educadores, hijos sanos	20
Atenciones, limitaciones y razones	21
El bebé necesita atenciones.....	22
El niño necesita limitaciones	22
El adolescente necesita razones	24
¿Y ahora qué?	25
Estoy harta de los pañales.....	25
Su habitación parece un campo de batalla	26
Aquí mando yo	26
2. La autoridad necesaria	29
El punto de apoyo.....	29
Ejercer la autoridad: la forma de querer a nuestros hijos ...	31
Tres claves para ejercer la autoridad.....	32
Prevención	32
Ejemplo	32
Motivación.....	33
Tipos de motivos.....	33
La motivación profética.....	35
Autoridad, prestigio, admiración	37

Educar sin castigar pilar guembe - carlos goñi

¿Y ahora qué?	38
Todo a un euro	38
Yo alucino	39
Todo le parece mal	40
3. La fuerza de la voluntad.....	43
Voluntad inteligente	43
Responsabilidad	45
Resistir a la frustración	47
Aplazar la recompensa	49
¿Y ahora qué?	51
Se ha vuelto un holgazán	51
Siempre está insatisfecho	52
No pudo esperar	53
4. Dime cómo castigas y te diré cómo educas.....	55
Contar con los premios y castigos	56
Castigar mucho y mal	58
Castigar poco y bien	59
Hijos responsables	60
¿Y ahora qué?	62
Como el perro y el gato	62
Siempre acabo cediendo	63
Sin todo	63
5. Afecto y exigencia	65
Quien bien te quiere	67
Saber decir “no”	68
“No” es “no”	70
¿Y ahora qué?	72
No quiero que haya mal rollo	72
El número uno	73
No puedo con ella	74

6. Consecuencias educativas sensatas	75
“Te quedas sin”.....	76
Repercusiones negativas del castigo	78
Cambio de estrategia	81
Un poco de sensatez	83
¿Y ahora qué?	85
Me refugio en mi habitación	85
No voy a dirigirle la palabra	86
Todas de golpe	87
7. Prospecto	89
Composición e indicaciones	90
Posología	91
Precauciones	92
Contraindicaciones: una torta bien dada nunca está bien dada 93	
Efectos secundarios: el castigo inútil	96
Interacciones y precauciones	97
¿Y ahora qué?	99
No vas de campamentos	99
Se quedaron como estatuas.....	100
Si no quieres taza, taza y media.....	101
8. La imaginación educadora	103
Ordeno y mando	104
Qué hacer cuando	105
Motivación dialogada	107
Mucha imaginación	109
¿Y ahora qué?	111
Ya saben cómo se tienen que comportar.....	111
Salen de casa gritados	112
Se siguen portando mal	113
Epílogo: educar sin castigar	115

Presentación: La letra con cariño entra

“Estoy todo el día castigando, pero ni aun así me hacen caso. Les dejo *sin tele, sin la play, sin Internet...* y ellos siguen portándose mal. No sé sin qué más castigarlos. Me siento impotente”.

La madre que se quejaba de esa manera estaba desesperada y se sentía fracasada. Había agotado toda la “artillería pesada”, que según ella eran los castigos, y ahora no sabía qué hacer. Según propia confesión, su casa se había convertido en un auténtico infierno donde se hablaba a gritos y no se conseguía nada. Había perdido la autoridad y sus hijos no sólo eran indisciplinados, sino que se comportaban como auténticos tiranos.

Está claro que en tales circunstancias resulta imposible educar. A golpe de castigo no se consigue nada, porque en educación nada se consigue a golpes. El castigo no ha de ser la norma, sino la excepción; no ha de ser ordinario, sino algo extraordinario que viene a sufragar una fisura en nuestro quehacer educativo.

Los castigos, del mismo modo que los premios, no pueden ser el pan de cada día, porque entonces lo que conseguimos es alimentar en nuestros hijos una “mentalidad retributiva”: todo tiene una recompensa o, por el contrario, merece una sanción. De modo que se actúa sólo por conseguir un premio o evitar un castigo. Es la “pedagogía de la foca”, que tan buenos resultados da en el adiestramiento de animales, pero que no sirve para educar. Si el animal pasa por el aro le damos una sardina, de lo contrario, se la negamos. Con un método similar podemos conseguir, a duras penas, que nuestros hijos pasen por el aro, pero no que crezcan como personas.

Claro que debemos reforzar acciones y actitudes, que hemos de ejercer la autoridad que nos corresponde, que tenemos que exigir y corregir –de todo eso vamos a hablar en este libro–, claro que a los padres nos compete llevar las riendas de la educación de nuestros hijos, pero eso no significa que tengamos que blandir el látigo. Porque únicamente se puede educar desde el “amor responsable”, que busca el bien del otro y responde ante ese bien, es decir, que no busca sólo satisfacer un sentimiento legítimo hacia nuestros hijos, sino ayudarles a convertirse en personas libres, responsables y felices.

Esa madre desesperada había adoptado como único método educativo los premios y castigos, se pasaba todo el día castigando, como confiesa ella misma, pero no conseguía nada. Cuando se entra en esa dinámica lo normal es que para conseguir muy poco haya que aumentar muy mucho las sanciones o las recompensas. Se podría decir que, en tales circunstancias, para que los objetivos crezcan de forma aritmética, los premios y castigos deben aumentar de forma geométrica, llegando a absurdos como prometer la luna o castigar “sin todo” para siempre. Al final, el abuso de una metodología equivocada produce efectos contrarios: lejos de crecer, los objetivos se reducen.

Se llega, entonces, a creer en ese disparate pedagógico, que recoge Cervantes como dicho popular bien arraigado en nuestra cultura, y que mantiene que “la letra con sangre entra”. Por desgracia, esa “cruel y estúpida máxima”, como la llamara en el siglo XIX la escritora Concepción Arenal, ha estado presente en la educación reglada durante siglos. Baste contemplar el óleo de Francisco de Goya titulado *La letra con sangre entra*, donde se ve a un maestro castigando las nalgas desnudas de un alumno mientras los demás se aplican a sus tareas y otros dos se duelen del correctivo ya recibido. Por suerte, semejantes tratamientos han sido desterrados de las escuelas; sería, por ello, un despropósito que les diéramos asilo en nuestra casa.

El castigo no es un argumento pedagógico, sino justamente la salida desesperada cuando nos han fallado todos los demás argumentos. “Te quedas *sin* (lo que sea) porque no has recogido los juguetes”, es en todo caso una falacia *ad baculum*, un recurso a la fuerza al que echamos mano tras haber fracasado, quizá por nuestra culpa, las estrategias educativas corrientes, como son la adquisición del hábito del orden, la inclusión de recoger los juguetes en la dinámica del juego, las órdenes claras y precisas, el refuerzo positivo, etc.

De todos modos, el castigo nos puede servir de piloto de alarma. Nos advierte de que algo no funciona bien, de que un objetivo no se ha alcanzado, de que falta por reforzar tal o cual actitud o de que hemos fallado en algún punto del proceso. Pero entonces no se castiga propiamente, sino que se educa, se intenta corregir (eso significa castigar en latín) una falta con una actividad alternativa. Por eso, en las páginas que siguen veremos que sólo castiga quien castiga mal: quien lo hace de la manera adecuada está simplemente educando. Y también por eso, diremos que castigar implica castigarse porque no se trata de fastidiar al otro, sino de volver a repetir una fase del procedimiento en el que todos estamos involucrados.

Creemos que una dinámica de premios y castigos nos lleva a un punto muerto, o incluso de retroceso. La única forma de salir adelante pasa por cambiar de metodología. Si algo no funciona, es poco inteligente que continuemos utilizándolo. Probemos otras alternativas, como la motivación positiva, el diálogo, las consecuencias educativas sensatas o las estrategias para ejercer la auto-ridad; de todas ellas hablaremos en este libro.

Eso no significa que no hayamos de contar con los premios y los castigos; al contrario, debemos conocer muy bien su funcionamiento para llegar a no tener que utilizarlos. De cómo los usemos dependerá nuestro estilo educativo. Esperamos que ese estilo tenga como lema “la letra con cariño entra” y que haga posible educar sin castigar. Para ello, tenemos que seguir adelante.